

## El verdadero autor de las buenas obras

Gilberto Urrutia

La antigua expresión « *vestirse con plumas ajenas* », se le aplica a aquella persona henchida de vanidad que presume de méritos ajenos ante los demás. Esa expresión tiene su origen en la fábula « el grajo y el pavo » de Gayo Julio Fredo un esclavo blanco del imperio romano en los tiempos de Jesucristo, en la que relata la escena de un cuervo muy vanidoso, que al conseguirse unas plumas de un pavo real tiradas en el suelo, decide quitarse la suyas y ponerse las plumas del pavo real.

En el reino animal no existe especie alguna que haga semejante acto, ni siquiera el camaleón, que lo que hace es sólo cambiar de color de la piel para camuflarse. Sin embargo, en el género humano, la vanidad es capaz de inducir a un individuo a aprovecharse de méritos y virtudes ajenas, para poder honrarse y enaltecerse ante los otros.

En el caso de las conocidas como « buenas obras » de los hombres y mujeres en las iglesias cristianas, se omite por lo general, concederle el mérito a quién lo merece y le corresponde, a ese que es el verdadero autor de las buenas obras que puede llegar a realizar el ser humano: el Espíritu Santo o Espíritu de Dios.

Hoy en día, el Espíritu Santo es el gran Ilustre Desconocido, a quién apenas se nombra y se le reconoce su indispensable y maravillosa obra en nuestra alma, para que en consecuencia y con su divina guía, el individuo desee hacer esas buenas obras que son presenciadas y vistas por la gente.

Cuando alguien que ha sido inspirado y guiado en su corazón previamente por el Espíritu de Dios, para realizar una buena obra para el prójimo, y que por honrarse a sí mismo no reconoce conscientemente la autoría del Espíritu Santo del impulso o deseo que lo motivó a actuar así, sino que piensa que el mérito ha sido únicamente suyo, se podría entonces afirmar, que esa persona se está vistiendo con plumas ajenas.

El tema de la buenas obras en la historia del cristianismo ha sido no solamente muy polémico, sino también un activo detonante de pugnas y rivalidades entre los sacerdotes y las autoridades eclesiásticas, tanto es así, que en 1520 contribuyó junto con el tema de las indulgencias al cisma de la iglesia católica, que el reformador alemán Martin Lutero encabezó en Europa y del cual surgieron posteriormente las iglesias protestantes.

Sin aspirar inmiscuirme en esa temática, la cual ha sido convertida en las iglesias innecesariamente en un campo minado, deseo sí con ésta reflexión, dar mi opinión personal y mi punto de vista sobre los siguientes aspectos, los cuales en el calor de la polémica han sido enteramente desatendidos y hasta ignorados:

### **La intención**

Todo acto humano voluntario lleva consigo una intención o un propósito.

El pensamiento o la idea original que motiva al individuo a realizar el acto voluntario tiene únicamente 2 testigos presenciales: la conciencia de la persona y Dios. Por lo tanto, la intención inicial es absolutamente secreta, y nadie más tiene acceso directo a la verdad de la intención. Vemos las obras que hace la gente, pero no sabemos si la intención del corazón fue buena o mala y si fue sincera o falsa.

### **Los actos exteriores y los actos interiores de los hombres**

Sabemos que la conciencia, la voluntad y el intelecto son potencias del alma humana. Por ser de naturaleza espiritual son fuerzas invisibles e inmateriales, que juntas gobiernan los actos voluntarios de la persona. Lo que quiere decir, que primero tiene que surgir un pensamiento o un deseo del alma (acto interior), para que se genere el impulso y se desencadene una serie de procesos y acciones en el cuerpo y se realice finalmente el acto exterior (la obra) de la persona.

Sin el acto interior o impulso inicial en el alma o dimensión espiritual del individuo, no puede darse el acto exterior del cuerpo. El acto espiritual interior precede al acto corporal exterior o público.

### **El cambio radical se efectúa en nuestra dimensión espiritual**

Cuando un ser humano adulto cambia de comportamiento y de actitud, eso es una manifestación de que algo ha cambiado previamente en su interior. Para que cambie nuestra forma de ser exterior o pública, antes tiene que cambiar algo en nuestra interioridad, en nuestra forma de pensar y en la conciencia.

Cuando alguna persona conocida o un amigo nuestro, cambia tanto en su manera de ser y en su personalidad, que nos da la clara impresión de que ya no es el mismo de antes que conocimos años atrás, eso es un signo evidente, de que en su mente, en su vida interior se ha efectuado un cambio. Los cambios radicales que se dan y se manifiestan en los individuos, son todos cambios que se han efectuado en el alma humana.

Ahora bien, para que se dé un cambio fundamental de esa magnitud en nuestra alma, debe surgir una especie de chispa que provoque y desencadene el cambio. Ese destello o descarga surge cuando experimentamos una vivencia extraordinaria de sufrimiento o una conmoción espiritual en el transcurso de la vida, causada por un acontecimiento o por una fuerza mayor.

Eso que llaman en el lenguaje académico y jurídico como « *fuerza mayor* », tiene entre los creyentes un nombre muy propio: el Espíritu de Dios o Espíritu Santo.

En la Biblia encontramos innumerables ejemplos de cambios radicales por la fe en Dios por obra de su Espíritu, entre los que están: Abraham, Job, Rut, Elías, David, los discípulos de Jesús y muchos más.

Sin embargo, el cambio de vida que está mejor documentado y el más espectacular fue el que experimentó San Pablo, quien como Saulo el Fariseo, de enemigo visceral y perseguidor de cristianos fue transformado por el Espíritu Santo en el fiel Apostol de Jesús y gran predicador del Evangelio.

Saulo después del encuentro con Jesús en el camino a Damasco, tenía el mismo cuerpo y la misma apariencia de antes, pero su conciencia, su intelecto y su voluntad, es decir, su alma cambió totalmente. Esos cambios para bien que se dan en la interioridad de las personas son obra de Dios. Únicamente Dios puede realizar ese prodigio en el ser humano.

Lo que le sucedió a San Pablo, es lo que Jesucristo le dijo a Nicodemo en su conocido encuentro, de que tenía que nacer de nuevo. Nicodemo como fariseo que era, por supuesto no comprendió que « *nacer de nuevo* » significaba cambiar en su espíritu de forma radical.

Ese día del drástico cambio, San Pablo nació de nuevo en el espíritu.

Y a partir de ese momento, San Pablo teniendo el mismo cuerpo o máscara de carne, era un nuevo ser.

**La innegable dualidad de la naturaleza humana**

Este cambio radical que se efectúa en el alma, o dicho de otro modo, en la vida interior de una persona, es la irrefutable prueba más clara y más obvia de la dualidad de la naturaleza humana, de que el cuerpo y el alma son dos dimensiones diferentes. Los humanos somos seres compuestos de carne y de espíritu.

Esta dualidad natural es una realidad que debemos de tener siempre presente en la vida diaria, porque estar conciente de éllo, es indispensable para comprendernos a nosotros mismos, para comprender la Palabra de Dios y para tomar conciencia de nuestra divina naturaleza y trascendencia final.

Enaltecerse y honrarse a sí mismo con méritos de otros, no es muy bien visto ni por nuestros semejantes y ni mucho menos por Dios.

**« Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido. » Mateo, 23, 12**

Aceptar con humildad nuestra dependencia de Dios y reconocer abiertamente la obra del Espíritu Santo en nuestra vida interior, es la actitud correcta con nosotros mismos y con respecto a Dios, de lo contrario nos engañamos a si mismo y nos burlamos de los demás.

Todo el que hace buenas obras a sus semejantes, de corazón y sin esperar nada a cambio, debería estar siempre consciente de que es un deudor muy afortunado del Espíritu de Dios, el verdadero autor de las buenas obras.